
ARGOS
MUSEO
CRIMINALES
6º AÑO
15 Enero 1909
Núm. 121.
Sumario
Los abrasadores.
Fra-Diavolo ó los bandidos de la Calabria.
La Policía del Zar.
Suicidios curiosos y sensacionales.
Espectros del siglo XX.
El arte de juzgar á los hombres.
Novela
El trompeta de Napoleón.
J. Abad



Museo Criminal

Revista quincenal ilustrada

Oficinas: San Mateo, 11 duplicado, bajo.—MADRID (Apartado en Correos núm. 445).

Como su nombre indica, **MUSEO CRIMINAL** constituye una galería donde se registran, adornados con magníficas ilustraciones, todos los sensacionales sucesos que ocurran en el mundo entero, y aquellos otros que, aunque ocurrieron en tiempo ya pasado, merecen ser conocidos de la generación actual, por la influencia que ejercieron en los destinos de la Historia.

Como complemento publica **MUSEO CRIMINAL** una sensacional biblioteca, compuesta de las novelas más conmovedoras é intensamente dramáticas que han producido los ingenios más notables del mundo.

MUSEO CRIMINAL publica los días 15 y último de cada mes un número compuesto de 24 páginas: 8 de ellas de gran tamaño dedicadas á la relación de los emocionantes sucesos que daremos á conocer adornados con notables grabados, como ya hemos dicho. En las 16 restantes páginas, en tamaño 8.º, las interesantísimas novelas que han de constituir nuestra biblioteca.

Además, como es aspiración de **MUSEO CRIMINAL** superar en atractivos á cuantas revistas se publican en la actualidad, obsequia á sus suscriptores con espléndidos

Regalos dos veces todos los meses

en la forma siguiente:

Con cada uno de los sorteos de la Lotería Nacional que se celebren los días 20 y 30 de cada mes repartimos los siguientes premios:

50 PESETAS en metálico al que tenga el número igual al del premio mayor de la Lotería Nacional.

25 PESETAS en metálico al que posea el número igual al del premio segundo.

10 PESETAS en metálico al poseedor del número igual al del premio tercero; y

UNA NOVELA ENCUADERNADA, diferente á las que publiquemos en la biblioteca de la Revista, para cada uno de los que tengan números iguales á los premios mayores que siguen en importancia á los tres mencionados.

Como el número de premios mayores en cada sorteo no baja de veinte, resulta que **MUSEO CRIMINAL** obsequiará á sus suscriptores con más de

500 PREMIOS al año, por un valor mayor de 3.000 PESETAS

Para que estos regalos se hagan con toda la verdad posible, los sorteos se verificarán con los de la Lotería Nacional, como ya hemos indicado, y nuestros suscriptores tomarán parte en ellos en la forma siguiente: La Administración de **MUSEO CRIMINAL** enviará á cada suscriptor, inmediatamente que se reciba su pedido de suscripción, un vale con **cinco números**. Dichos números son los que el suscriptor tiene asignados para **todos** los sorteos que se celebren. Como la Administración de **MUSEO CRIMINAL** llevará un registro de los números que corresponden á cada suscriptor, en cuanto se celebren los sorteos sabe dicha Administración quiénes son los favorecidos, é inmediatamente enviará por correo, certificados, los premios correspondientes. El envío de las cantidades metálicas se hará por libranzas del Giro mutuo, valores declarados ó sobres monederos, según el lugar donde resida el agraciado.

Como garantía para nuestros suscriptores de la verdad y del fiel cumplimiento de nuestras promesas, publicaremos en todos los números de la Revista el resultado de los sorteos, mencionando los nombres y residencia de los favorecidos, con detalle del regalo que les corresponda. De ese modo, si algún suscriptor quiere informarse, puede hacerlo escribiendo á cualquiera de los agraciados, para que éstos digan si recibieron ó no los regalos ofrecidos.

A pesar de reunir nuestra Revista más atractivos que ninguna otra, el precio de suscripción es inverosímil:

¡¡¡Una peseta al trimestre!!!

Podéis, por una peseta cada tres meses, reunir al año: Un tomo de 192 páginas de gran tamaño, conteniendo los asuntos más sensacionales del mundo; 384 páginas de emocionantes novelas, y la probabilidad de obtener uno ó varios de los regalos con que obsequia **MUSEO CRIMINAL** á sus suscriptores, regalos que vale cualquiera de ellos más que el precio de suscripción.



15 de Enero de 1909. Año VI. N.° 121.

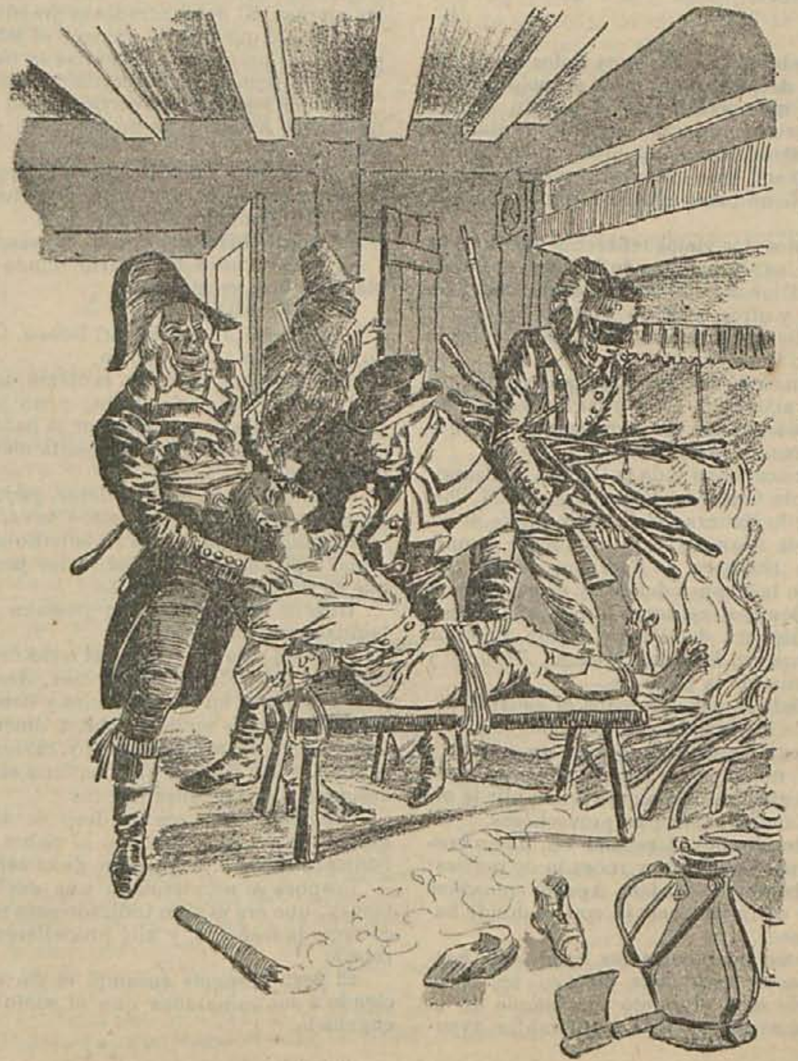
Redacción y Administración: Calle de San Mateo, 11 dup.°, entr.° Apartado en Correos n.° 445.

Los abrasadores

¿Hay todavía *chauffeurs*...? No hablo de la gente honesta que maneja los automóviles para ganarse el sustento ó para gozar del encanto de recorrer grandes distancias en poco tiempo, asesinando inconscientemente á personas y animales infelices en calles y carreteras. Los *chauffeurs* á que me refiero son las plagas de bandidos que bajo la dirección de un jefe aterrorizan las comarcas y cuya especialidad consiste en quemar á sus víctimas para obligarles á descubrir los rincones ocultos donde guardan el dinero.

Los siniestros que acaban de llegar á la Drôme y que en tres años han cometido más de doce asesinatos, son los herederos directos é imitadores serviles de los terribles salteadores que infestaron á Francia entera durante los últimos años del siglo XVIII.

Como sus antecesores, penetraban por asalto en las casas aisladas y habitadas por ancianos, se apoderaban de los desdichados, los amarraban fuertemente y les quemaban los pies á fuego lento para amenazarlos, á fin de que dieran el dinero que poseían. Después de efectuar el robo, mataban á las víctimas golpeándoles la nuca con grandes mazas y prendían fuego á la casa para hacer desaparecer toda huella del delito.



Los bandos de abrasadores sembraban el terror y el crimen por los campos. La época era favorable á sus correrías devastadoras. El reinado del Terror había pasado, pero el gobierno del Directorio, que le sucedía, se mostraba incapaz de reparar las miserias y reconstituir las ruinas que la revolución había causado. Los hombres que lo componían no eran más que teóricos impotentes, esclavos de sus ambiciones mezquinas y sus errores.

Constantemente divididos entre ellos y más ocupados de su propia conservación que de la buena marcha y administración de los negocios públicos del país, abandonaban la suerte de Francia al desorden, á fin de retener el Poder.

La Autoridad carecía de fuerza y energía. La Policía no existía apenas, y la audacia de los malhechores crecía sin cesar en consecuencia directa de la impunidad en que quedaban siempre sus desmanes.

Si queréis saber cómo se componían estos bandos de criminales de grandes caminos, de abrasadores, de desvalijadores de diligencias, leed las líneas siguientes, escritas por M. Albert, uno de los historiadores que mejor han estudiado esta época borrascosa:

«Estas cuadrillas comprendían todo lo que vive

fuera de la ley: el descrédito del antiguo régimen, estafadores, merodeadores, criminales; después se agregaron los enemigos de la Revolución, los refractarios al impuesto de sangre, los condenados por los Tribunales de justicia, y reclutas fugitivos, soldados desertores, super vivientes de las revueltas federales é insurrecciones, emigrantes vueltos al país y arrojados al crimen por la desesperación, el hambre y la miseria; aventureros de otros países que aprovechaban el desorden; en una palabra: los criminales de oficio, los presidiarios que habían logrado romper la cadena, los galeotes escapados, los ladrones fugados de las prisiones, gentes en guerra constante con la ley, que atacaban la Revolución porque creían que mediante ella se establecía el imperio de la paz y terminarían para siempre sus atropellos.

Según el país, así los bandos eran más ó menos numerosos, variando sus procedimientos y operando á pie ó á caballo. Por lo regular, cuatro ó cinco hombres solamente vivían en medio de la población pacífica donde ejercían su oficio y de vez en cuando se asociaban para realizar sus sangrientas hazañas. Además merodeaban verdaderas tropas armadas de buenos fusiles y municiones, que ejercían su feroz opresión continuamente en el campo; bandos vagabundos en terrenos escarpados y sitios de difícil acceso hacían su trinchera. En los Alpes había ciudades enteras pobladas de bandidos sin contacto alguno con la administración de justicia.

En los alrededores de Orgeres se descubre una verdadera tribu de bandidos admirablemente organizada, con jefes, subjefes, guardaalmacenes, espías, correos, barbero, cirujanos, costureras, cocineros y preceptores y maestros para los niños.

***

Este famoso bando de Orgeres es de todos los bandos de abrasadores que desolaban entonces el suelo francés, el de recuerdo más memorable para el pueblo. Sus hazañas inspiraron novelas trágicas, folletines fantásticos y melodramas siniestros, siendo el más conocido el de los hermanos Coignard, que todavía se representa en provincias, á pesar de no hacer más que treinta años que aconteció.

En algunos pueblos, los viejos refieren á los niños las trágicas historias de los abrasadores de Orgeres, el saqueo de la alquería del Millonard, los asesinatos del cortijo de Montgón y Bontet, y otros más de Fleur-d'Epine, del Beau François, del Rouge d'Anneau, todos éstos, jefes de los bandos.

Había en el bando de Orgeres lo menos ciento cincuenta bandidos en actividad, sin contar los indicadores y encubridores afiliados, y sin tener en cuenta las mujeres, tan numerosas como los hombres.

Estos miserables ocupaban toda la llanura de Beauce, desde la gran ruta de Orleans á París hasta la de Chateaudun á Epernay; la llanura del Eatinax desde el camino de Orleans hasta Etampes y Pithiviers; la llanura de Esmert, detrás de Etampes, de Epermon á Jouy, entre Versalles y París; la llanura del Berry desde Orleans y Pithiviers hasta Bourges, así como la pequeña extensión de Sologne; la llanura del Perdre, desde Epernon hasta Chartres, Bonneval, Daurdan, Dreux, Vernuil y Brou; en fin, la llanura de la Picardía.

Sobre una superficie inmensa reinaba el espanto.

En el intervalo de las grandes expediciones, los bandidos reconocían el campo, acostándose en las granjas y cortijos, robando y merodeando á derecha é izquierda, sin respetar nada, y dispuestos siempre á cumplir la orden del jefe para acometer aventuras provechosas.

El sitio de reunión era por lo regular en pleno bosque ó en algún raso poco accesible y rodeado de maleza; allí recibían las instrucciones del jefe. Apenas conocidas las instrucciones, se dirigían hacia el cortijo donde había ordenado el saqueo.

¿Deseáis saber cómo operaban estos bandidos? Oigamos la cuenta de sus procesos, cuya vista se efectuó en Chartres el año 8. He aquí el relato del ataque de la granja Millonard, una de sus más memorables aventuras.

Bajo las órdenes del Beau François, volvían los bandidos, á las nueve de la noche, del bosque de Goury y llegaron á la granja. Algunas horas antes, uno de ellos, subido en un árbol, había visto al arrendatario, el padre Jousset, contar el dinero que un notario le llevaba de la ciudad y se disponía á encerrarlo en una hucha.

Para impedir toda evasión colocaron centinelas en las entradas, y seis de los bandidos más forzudos y temerarios penetraron, esparciéndose por la granja.

A la primera impresión, todos los moradores huyeron aterrorizados hasta el fondo de las caballerizas. Diez bandidos se precipitaron en el interior, donde se ocultaban los saqueados, obligándoles á salir fuera con las puntas de los sables y armas.

Después se los golpeó despiadadamente, obligando á los colonos á descubrir el secreto de dónde se guardaba la riqueza.

El padre Jousset, más muerto que vivo por la terrible sorpresa, quiso también huir á las caballerizas, pero los bandidos se lo impidieron deteniéndole antes y encasquetándole un gorro de algodón que le tapaba completamente los ojos, para que no pudiera reconocer á nadie.

En la sala baja de la posesión se le amarraron las piernas con fuertes ligaduras y se le dejó en tierra. Dos de los ladrones encendieron haces de paja y les pasaron varias veces por delante del cuerpo del buen mártir.

Entonces el Beau François avanzó.

—¿Dónde tienes el dinero, viejo rico? Confiesa todo en seguida, si no quieres morir en el asador.

El pobre hombre martirizado por el miedo y sofocado por el humo y la llama de los haces encendidos, no respondía. Uno de los verdugos comenzó á chamuscarle las piernas. El dolor arrancaba grandes alaridos al viejo.

—Grita lo que puedas—agregó el jefe de la cuadrilla—; pero dínos pronto dónde ocultas tu tesoro.

—En el armario de la cocina hay 300 francos.

Uno de los bandidos corrió al sitio indicado por la víctima, y se apoderó de un pequeño saco lleno de monedas.

—¿Y el resto?—añadió el Beau François.—No pretendas hacernos creer que este dinero es todo el que posees. Aquí hay lo menos 20.000 francos.

El mártir hizo un gesto desesperado de negación.

—¿Y los escudos del notario, dónde los escondiste? Habla si no quieres morir.

El viejo calló.

—¡Ah! ¿no quieres hablar? Bueno. Continuad abrasando la carne de este malvado.

Los bandidos avivaron la llama. La piel del desgraciado anciano se carbonizaba, y un olor insoportable á carne quemada se esparcía por la habitación.

El padre Jousset no respondía más que con gemidos entrecortados.

—¿Conque no quieres confesar, viejo repugnante? exclamaba uno de los verdugos.—Aguarda un poco...

Sacando una aguja de su bolsillo se puso el feroz criminal á pinchar las plantas de los pies del pobre viejo, que se retorcía de dolor.

Otro de los torturadores paseaba la llama sobre las heridas sangrantes.

Durante esta operación, el resto de la cuadrilla registraba las dependencias de la casa, descerrajaba los muebles y buscaba en los colchones y demás sitios donde se calculaba que se pudiera ocultar dinero. Pero los bandidos no encontraron nada más y tuvieron que contentarse con los 300 francos que contenía el saco que les había designado la indefensa víctima.

Abandonaron la granja después de un verdadero saqueo de tres horas, dejando al pobre colono medio carbonizado sobre el pavimento de la sala.

Después se reunieron en una explanada del bosque Goury, que era el sitio indicado para reunirse después de cometer la fechoría, y allí procedieron al reparto de lo robado.

El Beau-François resumió el fin de la aventura diciendo á sus camaradas que el viejo Jousset les había engañado.

***

Otras expediciones del bando de Orgeres fueron más aprovechadas.

En la granja de Bouten, la hija del arrendatario fué atrozmente quemada, hasta que, vencida por el dolor, confesó que había 700 francos ocultos debajo del embaldosado.

También experimentaron otras veces grandes desengaños. En la granja de Grillons, después de matar al colono, se dieron cuenta de que todos los objetos metálicos eran de estaño, cometiendo un crimen sin conseguir ningún resultado práctico.

Muchas veces se cometían asesinatos para evitar testigos peligrosos. En la quinta Lejenne, en Montgon, aunque los propietarios habían escondido todo el dinero, el Rouge d'Anneau, que capitaneaba la cuadrilla, ordenó al bando matar á todo el mundo, incluso á los criados y carreteros.

Aquella canalla salvaje había adoptado este partido desde el asalto al castillo de Dautray, cerca de Orleans, donde habían encontrado más de 25 000 francos y cometido la imprudencia de confiarse á la suerte sin poner guardianes.

Algún tiempo después de realizado el saqueo, dos de los bandidos fueron apresados y condenados á muerte, por haberlos reconocido y denunciado algunos de los moradores del castillo. Y gracias á que la justicia no supo hacerles confesar la verdad, escaparon los demás de una muerte segura.

Escarmentados por este incidente, procuraron en lo sucesivo no dejar detrás de ellos ningún testigo que pudiera delatarlos, y todos los habitantes de las propiedades invadidas fueron impíamente asesinados.

Durante algunos años, los bandidos robaron y asesinaron con entera libertad. La autoridad, demasiado débil, vacilaba delante de ellos, y no se les atacó formalmente hasta 1878, en que un astuto suboficial de gendarmes concedió la libertad á un bandido capturado, á cambio de que le indicase las huellas de sus compañeros, logrando de esa manera apresar de un sólo golpe ochenta y dos de aquellos criminales en el bosque de Meriville, donde tenían sus campamentos.

El proceso se vió en Chartres. Cerca de seiscientos testigos estaban convocados, y muy pocos de ellos faltaron al llamamiento. Casi todos eran agricultores, propietarios, obreros, labradores, colonos y gente de campo.

Por fin, se atrevieron á hablar. El terror que los abrasadores habían sembrado por todo el país no les sujetaba ya la lengua, y durante el tiempo que duró el proceso no acabaron de conocerse relatos de espantosas atrocidades.

Veintitrés bandidos y tres mujeres fueron condenados á muerte y ejecutados en Chartres.

Los otros fueron enviados á prisiones.

Por fin respiraba el país.

A la debilidad del Directorio sucedía la energía del Gobierno consular. Algunos restos del bando de Orgeres se reconstituyeron más tarde en algunos distritos de París, en Petit Bicêtre, bajo las órdenes de un facineroso, llamado Menissier. Se les capturó bien pronto, y Menissier, con dos de sus cómplices, fué guillotinado.

En Lyon, en Ardeche, en las Cercenes, los bandos recorrían el campo quemando á los colonos y atacando á las diligencias. La Gendarmería enviada contra ellos no tardó en apoderarse de sus jefes, que fueron ejecutados en Bourg.

En el Cantal, las ciudades enteras se levantaron contra los bandidos arrebatándoles las armas y persiguiéndolos hasta las montañas.

En el Norte, Monense, el famoso jefe de los abrasadores, que había aterrorizado el Hainaut durante más de tres años, fué capturado y ejecutado con la guillotina en 1798.

El cabecilla de los bandidos de Orgeres, el terrible Beau-François, había logrado fugarse después de la captura del bando en el bosque de Meriville. Se refugió en los Dos Sévres, y se le encontró el año siguiente en medio de un bando de salteadores de diligencias. El bandido fué fusilado en el sitio.

En menos de dos años, por la energía del Gobierno, por la actividad de la justicia y de la autoridad, fué Francia libertada de criminales, cuyos bandos aterrorizaban al país.

El ejemplo de estos bandos demuestra que la osadía de los *apaches* y la audacia de los asesinos solamente dependían de la debilidad en el castigo.

¿Quién fué "Fra-Diavolo,,?

La leyenda y la realidad.—Terror de la Calabria y salvador de un reino.—Un bandido de ilustre prosapia.— Desde fraile á salteador de caminos.

Los terremotos de Italia se han cebado en la hermosa Calabria, lugar legendario un tiempo del bandidaje, y en el cual aun se hablaba de éste cual si no tuviese nada de particular la profesión.

Así como en España la leyenda hizo numerosos prosélitos de esta plaga en Andalucía, en la Calabria las románticas aventuras de algunos fundaron escuela.

Entre todas, destácase la de *Fra Diavolo*, sugestivo personaje para la plebe de aquel país.

Para muchas personas, *Fra-Diavolo*, el tristemente famoso bandido calabrés, cuya accidentada existencia, llena de dramáticos episodios, sirvió al poeta Scribe y al músico Auber para dar al teatro una de las obras más entretenidas del repertorio lírico que hacía las delicias de nuestros progenitores; para muchas personas, repetimos, esa figura es simplemente la de un vulgar salteador de caminos, ó bien creación de algún espíritu novelesco.

Que *Fra-Diavolo*, ó Michele Pezza—que tal era su verdadero nombre—existió, cosa es harto demostrada. Las numerosísimas hazañas del *brigante*, terror de la Calabria desde 1780 á 1796, constituían en aquella época tema obligado de conversación en toda Europa, y no fueron pocos los libros escritos, tanto en Italia como en Francia, narrando la vida del temible foragido.

Su ferocidad era tanta cual su valentía, y de ésta es prueba el que además de hacer frente él solo, en multitud de ocasiones, á los *carabineiri* del rey Fernando IV, á raíz de sus grandes robos, íbase á Nápoles, y vestido elegantemente de caballero, paseaba por los sitios más concurridos, no obstante tener puesta á precio la cabeza.

Cuando, en 1796, el cardenal Ruffo, con un puñado de hombres, trató de oponerse á la invasión francesa, *Fra-Diavolo* ofreció al Gobierno de Nápoles su apoyo para rechazar á los extranjeros, dándose el caso extraño de que la proposición fuese aceptada tras de la concesión de un total indulto. Y no sólo perdonó Fernando IV al bandolero los delitos cometidos, sino que le nombró de golpe y porrazo coronel de guerrilleros.

De conformidad con lo pactado, *Fra-Diavolo*, á la cabeza de una partida de doscientos hombres, dió serios disgustos á las tropas de Bonaparte mandadas por el general Championet, logrando derrotarlas en varios encuentros. Mientras que el cardenal Ruffo llevaba á cabo el sitio de Nápoles, ocupado por los franceses, el antiguo salteador de caminos, convertido en estratega, ponía cerco á Gaeta, logrando rendirla y devolverla á los Borbones, casi al mismo tiempo que Nápoles se entregaba en manos del cardenal.

Restaurado en su trono Fernando IV, decidió librar á Roma del poder francés. Tuvo que desistir, no obstante, de dicho propósito, por el pronto, escaso como estaba de dinero y de hombres. Pero he aquí que *Fra-Diavolo*, con sus invencibles guerrilleros, antiguos colegas de

aventuras de encrucijada, penetra impetuosamente en Roma y propina una paliza terrible á los franceses.

Vencido al fin por el número, le capturan y encierran en la fortaleza de *Sant Angelo*, sometiéndolo á juicio sumarísimo, en virtud del cual es condenado á muerte. *Fra-Diavolo* logra escaparse de su mazmorra pocas horas antes de la señalada para la ejecución y llega sano y salvo á Palermo, donde se encontraba el monarca. Tanto admiró á Fernando IV la proeza de su coronel, que le concedió en el acto el título de conde de Santa Andrea, más una pensión anual de 3.000 ducados.

Al invadir Massena, en 1806, el reino de Nápoles, volvió á reaparecer *Fra Diavolo* con sus guerrillas. Siguiendo sus consejos, dieron los generales ingleses y borbónicos la batalla de Maida á las tropas de Napoleón, consiguiendo sobre ellas brillantísima victoria. Otras de menor importancia alcanzó el valeroso *condottiere* sobre los generales Valentini y Hugo, padre éste del inmortal autor de *Los Miserables*. Por último, la traición de uno de los parientes de *Fra Diavolo* le entregó á los invasores, quienes, con objeto de evitar que volviera á escapárseles el pájaro de la jaula, lo ahorcaron en Nápoles á las pocas horas de la captura, no sin que el general Hugo, grande admirador de la valentía y del saber militar de *Fra Diavolo*, hiciera inauditos esfuerzos por salvarlo.

Y aquí entra lo más curioso de la vida del novelesco personaje. Aunque criado y educado por una familia de artesanos de Itri, Michele Pezza no tenía gota de sangre plebeya en sus venas. Para que todo fuera extraño en la existencia de este hombre, supone un biógrafo, en recientísimo libro que extractamos, que debieron ser sus padres personas muy principales de Nápoles, lo que explicaría al fin y al cabo la protección dispensada al exbandolero por el rey Fernando IV.

Antes de lanzarse Michele Pezza á la vida de bandidaje, fué honradísimo obrero, empleado durante seis años en un telar de Itri. Unos amoríos desgraciados, á consecuencia de los cuales dió muerte á los dos hombres que le disputaban el cariño de su amada, le determinaron á entrar en religión, siendo admitido como novicio en un convento de Calabria. Próximo á profesar, se atravesó en su camino cierta bella penitente, que dió al traste con los santos propósitos de Michele, obligándole á abandonar el monasterio.

Dos meses después, y sin duda porque Pezza tenía mal sino en cuestiones amorosas, se vió suplantado en los favores de la bella por un gallardo oficial de Gendarmería. Surgió el inevitable lance, murió en él de una estocada el oficial, y Michele, á fin de evadir la pena capital señalada á los duelistas en Nápoles por aquel entonces, huyó á las montañas, después de haber despachado para el otro mundo á la mujer que originara su pérdida. Esto ocurría en 1779, y ya en 1780 se registraba la primera fechoría de Pezza, quien entrando á saco en la quinta de un noble calabrés, entrególa luego á las llamas, haciendo fuego con sus secuaces sobre las gentes que intentaban salvar del siniestro los grandes tesoros artísticos que en la misma se encerraban.

Tal fué la verdadera personalidad del famoso *Fra-Diavolo*, apodo con que le designaron los aldeanos calabreses, recordando que el que ejecutaba con endiablada crueldad los delitos más horribles, había estado á punto de hacer vida de penitencia y de oración.

Terremotos en Italia.



Italia está de nuevo de luto. Un terrible terremoto, en el que han perecido cerca de 200.000 personas, ha destruído las principales poblaciones de Calabria. Entre ellas, Messina fué completamente derruída, y he aquí una fotografía de la poderosa población antes del desastre.

Los ojos que vigilan en torno del zar.

Trabajos de la Policía.—El «otro yo» de Nicolás II y el autómata de Alejandro III.

Si fuera posible defender la vida del hombre, por los medios humanos, en un grado absoluto, ningún monarca podría mirar el peligro tan confiadamente como Nicolás II, zar de todas las Rusias.

Su augusta persona hállase guardada, en efecto, por una complicada red de defensas que se extiende desde Londres á Buenos Aires; centros en que el anarquismo y el nihilismo tienen establecidos sus principales focos de labor revolucionaria.

Los palacios del zar están guarnecidos por millares de soldados. Un enjambre de bayonetas cubre lo mismo el exterior de las imperiales residencia, que sus patios, salones y corredores. Junto á cada puerta un centinela vigila noche y día, dispuesto á dar el ¡quién vive!, ó la muerte, sin aviso alguno, á cualquier persona sospechosa que se aproxime. Pero esto no es más que el signo exterior y visible de la gigantesca y compleja maquinaria que sirve para proteger la vida de un hombre.

El verdadero trabajo de defensa lo lleva á cabo un ejército de Policía secreta, acaso el mejor organizado del mundo, cuya sola misión estriba en descubrir y frustrar cuantos *complots* se pudieran organizar contra la vida de su augusto amo. Este Argos policíaco extiende sus miradas á Londres, París, Berlín, Nueva York y Chicago. Dispone de centenares de espías diseminados por toda Rusia; espías que pertenecen á todas las clases sociales, sin distinción de sexo ni de profesión. La aristocrática señora que reúne lo más florido de la sociedad petersburguesa ó moscovita, en elegantes *five o'cloks*, y el vendedor que vocea en la calle periódicos, pueden ser, y lo son de hecho, en muchas ocasiones, agentes de la Policía.

Los dueños de hoteles, *restaurants* y casas de huéspedes están inscritos en los registros policíacos, debiendo facilitar á diario noticia detallada de las personas que se albergan en sus casas, bajo pena de enormes multas. Las cartas y telegramas que reciben los huéspedes son casi siempre revisados por la Policía antes de su entrega.

Cuando el zar viaja, no sólo se suspende absolutamente el tráfico en la línea que ha de recorrer el convoy imperial, sino que se cubre aquélla con fuertes destacamentos de tropa. Desde San Petersburgo á Tsarkoe-Selo hay una línea férrea reservada para el emperador y su familia.

Las pocas veces que el soberano se muestra en público es rodeado de un regimiento de cosacos, cuya consigna es hacer fuego sobre los transeuntes á la menor indicación de peligro. En la trasera del trineo imperial va siempre sentado un cosaco, las manos puestas sobre la culata del revólver y la empuñadura del sable.

Acontece en ocasiones que el zar se aventura á salir sin escolta. Como es de suponer, redóblase en tales casos la vigilancia hasta un punto inconcebible. Mil miradas invisibles se posan sobre la figura del monarca, y otras mil sobre los edificios y las personas. Como medida de precaución suprema, desfila el trineo imperial á todo escape, á fin de evitar que pueda alcanzarle una bomba ó una bala.

Nicolás II no asiste á ningún teatro sin que antes haya certificado la Policía la ausencia de toda persona sospechosa en el público.

Entre las leyendas que circulan en Rusia acerca de la protección del zar, hay una que supone la existencia de un individuo en el séquito imperial, que, por su admirable parecido con el emperador, le sirve de contrafigura en aquellas ocasiones en que se supone pudiera correr el soberano algún peligro. Según dicha leyenda, el falso zar efectúa ostentosamente determinados viajes, mientras Nicolás II los lleva á cabo, disfrazado, por otro camino diferente.

Dentro del terreno de los dichos populares, se cuenta que Alejandro III poseía una figura de cera, hecha tan á su imagen y semejanza, que sólo le faltaba hablar para que por persona pudiera diputársela. Tratábase de una verdadera obra maestra de mecánica, que andaba y saludaba con naturalidad y soltura prodigiosas. El autómata sustituía al zar en algunos de sus paseos diarios.

Vino á dar fuerza á dicha creencia el atentado de Solovieff. Sabido es que éste disparó contra Alejandro III un tiro de revólver á cortísima distancia. La circunstancia de ser Solovieff un portentoso tirador y de sangre fría á toda prueba, excluía toda posibilidad de que le hubiese fallado el tiro. Sin embargo, realizado el disparo, continuó su camino el zar, imperturbable, y saludando á derecha é izquierda. Entonces nació la leyenda del muñeco de cera, pues únicamente podía haberse salvado el emperador mediante una circunstancia por el estilo. Alguien dijo, para demostrar la existencia del autómata, que al llegar éste al palacio de invierno, llevaba alojada en el pecho la bala de Solovieff.

De los mil peligros que rodean á los autócratas rusos, da idea el siguiente sucedido: Una noche, mientras Alejandro III trabajaba en su gabinete de estudio, parecióle á la emperatriz oir ruido en la habitación. Con admirable presencia de espíritu, rogó á su esposo que abandonase los papeles por un momento y que la acompañase la cámara donde dormían sus hijos.

Al salir de la estancia echó la llave la emperatriz, entregándola á un oficial, y encargándole en voz baja que se llevara á cabo un registro detenido. Los temores de la soberana no eran vanos: al penetrar la guardia en el despacho imperial, se pudo comprobar que alguien había estado oculto en el mismo, y que, viéndose descubierto, acababa de huir por una de las ventanas.

El suicidio

Medios que muchos originales emplean para quitarse la vida.—Suicidios colectivos.—Estadística macabra.

No vamos á presentar en este artículo una apología del suicidio. Nuestra época, desbordante de energía vital, hace se califique como un cobarde al que por miedo á la lucha se considera vencido y trata de quitarse de en medio. Hay que luchar hasta morir por desgaste de energía vital, nunca buscar el gatillo de un arma ó la cuerda como panacea á las pesadumbres morales.

Y hechas estas consideraciones, diremos que el objeto de estas líneas es presentar al lector casos curiosos de suicidios, pues la materia es vasta y entretenida.

Por lo pronto, diremos que no han sido pocos los casos en que buscando la muerte se encontró la vida. El más notable ocurrió el año pasado.

Una obrera parisiense, preciosa muchacha de diez y nueve años, harta de luchar y antes que entregarse al vicio, decidió quitarse la vida, arrojándose al Sena. De las aguas fué sacada viva por la Policía y conducida á la Comisaría inmediata; pero la infeliz, que estaba decidida á suicidarse, aprovechó un descuido de los vigilantes y se arrojó por una ventana del despacho del comisario, que interrogándola estaba.

Pero la muerte no quería aquella víctima, y he aquí que fué á caer sobre la capota de un coche automóvil que por la calle pasaba. El dueño era un americano riquísimo, que sintió profunda compasión por aquel cuerpo gentil magullado que llovido le caía del cielo.

La condujo á su hotel, oyó el relato de sus desdichas, se apenó profundamente y decidió proteger á aquella infeliz.

De la simpatía nació pronto el amor, y á los pocos meses, la obrerita aquella, que harta de la vida buscaba en brazos de la muerte el descanso, encontraba en los

del americano, que la hizo su esposa, la felicidad y la fortuna. Pero, desgraciadamente, los automóviles no pasan siempre tan á tiempo...

El suicidio al través de los tiempos.

El suicidio es tan antiguo como el hombre. En la Edad Media y en muchas naciones, tomó tal incremento, que fué preciso una condenación enérgica por parte de las leyes civiles y religiosas para extirpar en parte el mal.

En Francia y otras naciones, el cadáver del suicida era condenado á ser expuesto, colgado cabeza abajo, en los sitios públicos. La Iglesia, por su parte, no le daba sepultura, tradición que hoy en parte se sigue no concediendo á sus restos el reposo en tierra sagrada.

En la Roma antigua, casi se consideraba como un hombre virtuoso el que se quitaba la vida. La tradición y relatos de autores de aquella época nos hacen saber que allí, cuando alguien decidía quitarse de en medio, si era rico, convidaba á sus íntimos á un último banquete; después de la fiesta, se metía en un baño. Los amigos le prodigaban sus adioses, y mientras, músicas armoniosas sonaban, y ante la presencia del suicida, bailaban sus concubinas y esclavas; éste se abría las venas, y con sonrisa placentera, el epicúreo abandonaba la vida en tibias aguas que su sangre coloreaba.

Suicidios extravagantes.

En esto, como en todo, la palma de la extravagancia se la llevan los americanos.

El yanqui millonario, cuando no le queda ningún capricho que satisfacer y á su cansado espíritu invade el *spleen*, se le suele antojar un suicidio de sensación.

Así lo practicó Mr. James Huckeleberry, guapo mozo de veintisiete años y fabulosamente rico.

Hizo repartir invitaciones para un suntuoso banquete á una docena de *cocottes* de alto rango y á otros tantos amigos, entre los que se contaban distinguidos miembros de la prensa neoyorquina.

Cuando mayor era la algazara, Mr. James apoyó un dedo en el resorte eléctrico que había hecho colocar junto á su puesto en la mesa, y ante la estupefacción de los asistentes, en el fondo del comedor se descorrió un soberbio tapiz, apareciendo una gran jaula de hierro, en donde se revolvían furiosos dos tigres y un león.

Tras los momentos de estupor, los invitados de mister James gozaban de antemano, preparándose á asistir á alguna de las muchas graciosas genialidades de su agudo anfitrión, especialista en sorpresas.

—¡Diablo de James! —se decían sus íntimos.— ¿Qué farsa nos prepara?

Esto pensaban, viendo á Huckeleberry que, sonriendo apaciblemente, sin perder su sangre fría, puso las manos en la puerta del jaulón.

Vestía James de rigurosa etiqueta, luciendo en la solapa del frac una hermosa gardenia.

Rápidamente se introdujo en la jaula, y pretendía llevarse á los labios una copa de *champagne*, cuando los invitados lanzaron un grito de horror. De un terrible zarpazo, una de las fieras abatió al originalísimo ciudadano, que ya en el suelo, en pocos minutos fué pasto de la voracidad de las bestias carniceras.

Las mujeres cayeron desmayadas, mientras los hombres, pálidos de espanto, apenas podían darse cuenta del suceso, y en la trágica conclusión de la tétrica orgía, á la plateada luz de los arcos voltaicos, los animales enormes, acurrucados en su encierro, disputábanse gruñendo la carne ensangrentada del famoso James, cuyos huesos crujían entre los dientes de las fieras...

Ocho días después, el hijo de uno de los «reyes» de los caminos de hierro quiso emular la *gloria* de Huckeleberry, y sólo en una locomotora, lanzó la máquina á una velocidad espantable, hasta conseguir volar hecho pedazos al producirse un choque con un tren de mercancías.

Miss Harriet, excéntrica millonaria, apasionada de la aerostación, subió en un globo de su propiedad, arrojándose al espacio desde 1.000 metros de altura.

Pero todo esto queda tamañito, desde el punto de vista de la excentricidad, ante los *clubs* de suicidas organizados en algunos puntos de América, y que llegaron á preocupar seriamente á las autoridades para extirparlos. Se llegó hasta constituir sectas de antisuicidas para cortar el mal.

Estadística macabra.

La intensidad de la vida moderna ejerce indudablemente influencia sobre el suicidio, y la estadística nos desmuestra que, desgraciadamente, va en proporción creciente.

Según arrojan los números, en 1881 se suicidaron en el mundo civilizado, 5.286 hombres y 1.455 mujeres, dando un total de 6.741. Diez años después, los suicidios eran 8.851 y de entonces á la fecha, la cifra aumenta.

Del atento estudio de las estadísticas correspondientes á la segunda mitad del siglo último, resulta que el número de suicidas aumenta más rápidamente que la proporción geométrica característica del crecimiento de la población y de la mortalidad.

Esto sólo pudiera atribuirse á esa compleja influencia que denominamos civilización. Obsérvase, en efecto que mientras la negra plaga del suicidio se extiende por el mundo civilizado, los países salvajes no conocen apenas la muerte voluntaria.

Hay una circunstancia que parece dar fuerza á la anterior observación: en el orden de la propensión al suicidio figuran en primer lugar los alemanes, los hombres más cultos de Europa, siguiendo luego los franceses, los ingleses, los italianos y los húngaros. España, Irlanda y Portugal, países menos adelantados que los anteriormente dichos, rinden al suicidio un contingente escaso en proporción.

Se calcula que en Europa todos los años atenta contra su vida un individuo por cada cinco mil, teniéndose por averiguado que anualmente se dan la muerte en Europa unos dos mil niños.

La causa más general del suicidio en el Norte de Europa es el alcoholismo, en tanto que en los países del Sur suelen ser las determinantes de dicho acto el amor, los celos y la miseria. En el centro de Europa, las principales causas son el cansancio de la vida, el temor al castigo y la deshonra.

En cuanto á la época del año en que ocurre mayor número de suicidios, demuestran las estadísticas que desde enero á junio se observa un aumento notable en los mismos, empezando á disminuir progresivamente desde junio á diciembre, mes en que llegan al mínimum.

Se ha observado que en los países del Norte, la estación de las nieblas, lejos de favorecer la tendencia al suicidio, sobre todo en los hipocondríacos, es, por el contrario, aquella en que se registran menos atentados. Otra observación, hija de la estadística: los seis primeros días del mes son verdaderamente fatales, y entre los de la semana resultan favorecidos los lunes, martes y jueves. En Inglaterra, de cada 100 suicidas, 73 son hombres y 27 mujeres.

Y para finalizar este macabro estudio, es digno de ser conocido el suicidio colectivo más curioso que registra la historia, ocurrido en Jerson (Rusia) el año 1897.

Una individua que se las daba de profetisa anunció el fin del mundo, acordando varios morir enterrados. Un rico labrador se ofreció á ayudarles y abrió cuatro grandes fosas, en las que se metieron nada menos que veintiséis personas, la madre y dos hermanos de aquél y unos cuantos niños de corta edad.

Llenas las fosas entre cantos sagrados, se tapiaron con ladrillos. Cuando se descubrió aquella atrocidad y las fosas fueron abiertas, se vió que los cadáveres de aquellos pobrecitos niños tenían las uñas de las manos clavadas entre los ladrillos, como si hubiesen muerto luchando por romper la pared que les impedía continuar viviendo.

Espectros del siglo XX.

Lo que puede la ilusión.—Un capitán que ve dos demonios. Una suegra que resucita.

Menudo es el susto que se ha llevado un capitán inglés, y chico el *pitorreo* de sus compañeros cuando se han enterado de la aventura, hace poco, en uno de los Estados de la pérfida Albión, cual llaman los poetas y literatos á Inglaterra.

Arruinado y enfermo nuestro militar, lleno de remordimientos por su anterior vida de crápula y orgías, pidió hospitalidad á un íntimo amigo médico.

Le ofreció éste, para que pasara una temporada tranquilo, una casita que en el campo tenía, que estaba deshabitada casi todo el año y la que cuidaba una vieja vecina.

El capitán de nuestra verídica historia se instaló en la casa; como su enfermedad no le permitía abandonar la cama, en ella pasaba largas horas de meditación sobre todo lo divino y humano, no viendo otras caras que la de la vieja de marras

La buena mujer fué un día muy de mañana á ver á su enfermo, porque había soñado que se había muerto aquella noche; pero tranquilizóse al ver que continuaba en el mismo estado que la víspera y lo dejó para ir á cuidar sus cosas, olvidándose de cerrar en pos de sí la puerta.

Los deshollinadores de Londres acostumbran á entrar se por las casas que no son habitadas, para apoderarse del hollín, con el que hacen un corto comercio. Dos de ellos supieron la ausencia del dueño y sólo acechaban el momento favorable para introducirse en la casa; al ver salir á la vieja, entraron así que se hubo alejado, encontraron el aposento del capitán abierto y, sin miramiento alguno, subiéronse entrambos por la chimenea. El capitán estaba sentado en la cama; el día era sombrío y la vista de dos criaturas tan negras le causó un temor inexplicable, de modo que volvió á caer en su cama, no atreviéndose á hacer ningún movimiento, y sin ser visto por aquéllos.

El doctor llegó un momento después: entró con su gravedad acostumbrada y llamó al capitán, acercándose á su cama; el enfermo reconoció su voz, levantó sus sábanas y miró con aire extraviado, sin poder siquiera hablar. Tomóle el pulso el doctor y le preguntó cómo se encontraba.

—Muy mal—contestó el capitán—; estoy perdido; los diablos se disponen ya á llevárseme consigo y se han subido á la chimenea.

El doctor sacudió la cabeza, le tomó de nuevo el pulso y dijo con gravedad:

—Vuestras ideas se han cuajado, capitán, y estáis ahora en un *lucidum caput*...

—Dejad esos galimatías, doctor; no va de chanza, hay dos diablos aquí...

—Vuestras ideas son inconexas y os lo voy á demostrar. El diablo no es más que un cuento cuya relación encontraréis en el *Paraíso perdido;* vuestro temor es pues...

En este momento, los deshollinadores, que habían ya llenado un saco, le dejaron caer por la chimenea, y pronto le siguieron. Su aparición dejó mudo al doctor, el capitán resolvió arrebujarse con sus sábanas, y sin mover ruído fué bajándose por los pies de la cama y se metió debajo, deseando que los diablos se contentasen con llevarse á su amigo; el doctor, inmóvil de espanto, procuraba acordarse de las oraciones que había aprendido en su juventud y, volviéndose á su amigo para pedirle ayuda, quedó aturdido de no verle en la cama. En aquel momento, uno de los deshollinadores se cargaba con el saco de hollín, y no dudó ya de que el capitán estaba dentro del saco. Temiendo tener que llenar otro, de un brinco se puso á la puerta del aposento, y con otro á lo último de la escalera, y llegado á la calle, se puso á gritar con todas sus fuerzas:

—¡Socorro!... ¡El diablo se lleva á mi amigo!...

El populacho acude á estos gritos; muestra con el dedo la casa y precipítanse en tropel hacia la puerta; pero nadie quiere entrar el primero... Algo más tranquilo, el doctor invita á un ejemplo que él no daría por todo el oro de las Indias. Los deshollinadores, al oir el ruído que había en la calle, dejaron su saco en la escalera y, temiendo ser sorprendidos, volviéronse á subir. El capitán, que estaba harto incómodo debajo de la cama, y que no veía ya á los diablos, se apresuró á salir de la casa, y no dejándole su miedo ver el saco, tropieza con él, se llena de hollín, se levanta y baja con velocidad. El temor del populacho se aumenta á su vista, retroceden, le abren paso, el doctor reconoce á su amigo y se oculta entre la multitud para no ser visto. Finalmente, un policía que habían ido á buscar para conjurar al espíritu maligno, recorre la casa, encuentra á los deshollinadores, les obliga á bajar y enseña los supuestos diablos al pueblo reunido. El doctor y el capitán se rindieron al fin á la evidencia: pero avergonzado el primero por haber, con su torpe miedo, desmentido el carácter de intrepidez que siempre había afectado, quería sacudir á aquellos pilluelos, porque decía que habían causado grande miedo á su amigo, y sostuvo que por su parte había conservado la mayor serenidad.

***

No deja también de tener gracia otro sucedido de espectros que recientemente ha ocurrido.

Un mesonero de Italia, que acaba de perder á su madre, habiendo subido por la noche al cuarto de la difunta, salió al momento sin poder casi respirar y gritando á todos los que se hospedaban en su casa, que su madre se le había aparecido y que estaba en su cama, que él la había visto, aunque no tuvo bastante valor para hablarla. Un eclesiástico que se hallaba allí, quiso subir, y todos le siguieron. Entraron en el cuarto, corrieron las cortinas de la alcoba, y vieron la figura de una vieja negra y arrugada, que llevaba en la cabeza una gorra de dormir, y que hacía ridículas contorsiones. Preguntaron al dueño de la casa si estaba bien seguro de que aquélla era su madre.

—Sí, sí—exclamó—, ella es; ¡ah! ¡pobre madre mía!

Los criados la reconocieron también y entonces el cura le roció la cara con agua bendita. El espíritu, viéndose mojado, saltó sobre su cabeza y le mordió. Todos huyeron asustados y dando agudos gritos. Pero cayósele de la cabeza el gorro y vieron que la vieja aparecida no era otra cosa que un grande mono. Este animal había visto á su ama ponerse el gorro de dormir, y la había imitado; dando el consiguiente susto al mesonero y vecinos curiosos.

Como los anteriores son todos los *aparecidos, espectros, fantasmas* y demás visiones que tanto juego dieron en tiempos de nuestros abuelos, é hijas de la ignorancia solamente.

En el siglo xx, por fortuna, ya no aparece ni lo que se pierde, y la Guardia civil ha dado al traste con tales personajes legendarios.

Advertimos

lo mismo á nuestros antiguos suscriptores que á los innumerables que nos han honrado estos días con sus suscripciones, que, como les prometimos, ya hemos enviado á todos los volantes con los cinco números para los sorteos de regalos. Si alguno no lo hubiera recibido, le agradeceremos nos lo avise, para enviarle un duplicado, que tendrá precisamente los mismos números que el extraviado. Para tranquilidad de los que pudieran hallarse en este caso, les manifestamos que como la Administración de MUSEO CRIMINAL *lleva un registro de los números asignados á cada suscriptor, si fueran favorecidos con algún premio, les será enviado lo mismo que si el vale obrara en su poder.*

El arte de juzgar á los hombres.

Mirad á una persona, y si hacéis un estudio de sus rasgos, podréis conocer su carácter.

Un popularísimo dicho expresa que «la cara es el espejo del alma», lo cual es una gran verdad: pero los sabios con sus investigaciones nos dicen ahora que hay que mirar otras cosas, si por el exterior queremos juzgar á las personas.

La cabeza es la parte más notable del género humano, el asiento del espíritu y del alma, el centro de nuestras facultades intelectuales. Una cabeza proporcionada á lo demás del cuerpo y que tal parezca á primer golpe, la que no sea ni muy grande ni muy pequeña, denota un espíritu mucho más perfecto que no podría esperarse de otra desproporcionada. Demasiado abultada, indica casi siempre una grosera estupidez; demasiado pequeña, un signo de debilidad é ineptitud. Aun proporcionada al cuerpo, es necesario que no sea ni muy redonda ni muy prolongada; cuanto más regular, es más perfecta. La cabeza inclinada hacia el suelo es indicio de un hombre sabio y constante en sus empresas. Una cabeza que se vuelve á todos lados anuncia la presunción, mediocridad, la falsedad, un espíritu ligero y depravado y un juicio débil.

En cuanto al semblante, puede dividirse en tres partes: la primera abraza desde la frente hasta las cejas; la segunda, desde las cejas hasta bajo la nariz, y la tercera, desde la nariz basta la extremidad del hueso de la barba. Cuanto más simétricas sean estas tres divisiones, más puede juzgarse de la rectitud de espíritu y regularidad del carácter en general. Cuando se trata de un rostro cuya organización es en extremo fuerte ó en extremo delicada, el carácter puede ser mucho más bien juzgado por delineación que por la faz. Sin tener en cuenta que el perfil es menos susceptible de ocultarse, ofrece líneas mucho más fuertemente marcadas, más determinadas, más sencillas, más puras, por lo que es más fácil conocer su relación; en lugar de que las demarcaciones del rostro, en general, son mucho más difíciles de decidir. Un perfil bello supone siempre la analogía de un carácter distinguido, pero encuéntranse mil perfiles que, sin ser bellos, pueden admitir la grandeza de ánimo. Una cara carnuda, denota una persona tímida, jovial, crédula y presumida. Un hombre laborioso tiene el rostro descarnado. Una cara que suda á la menor agitación anuncia un temperamento cálido, un espíritu vano y grosero y una inclinación á la golosina. Un semblante pálido, denota una naturaleza inclinada á los placeres del amor.

La gordura produce los cabellos, y, por esto es que las partes más gordas de nuestro cuerpo son las más cubiertas de pelo, tales como la cabeza, los sobacos, etc. Los cabellos ofrecen numerosas señales del temperamento del hombre, de su vigor, de su modo de pensar, y, por consecuencia, también de sus facultades espirituales. No son susceptibles de engaño alguno, ellos hablan por vuestra constitución física, así como las plantas y frutos por el terreno que los produce. Creo, dice Lavater, que por la elasticidad de los cabellos podría conocerse la elasticidad de su carácter. Los cabellos largos, lisos, desagradables, no ofrecen nada particular. Los cabellos de un amarillo labrado, ó de un rubio obscuro que brillan suavemente y se dejan caer con facilidad y gracia, son las cabelleras nobles. Cabellos negros, lisos, espesos y gruesos denotan poco ánimo, poca perseverancia y amor al orden. Los cabellos blandos señalan, generalmente, un temperamento delicado, sanguíneo, flemático. Los cabellos rojos caracterizan, según dicen, un hombre sumamente bueno ó sumamente malo.

Los cabellos finos indican la timidez; groseros y rústicos, el valor, y esta señal característica es del número de aquellas que son comunes al hombre y á los animales. Entre los cuadrúpedos, el ciervo, la liebre y el cordero, que están en la clase de los más tímidos, se diferencian de todos los demás por la finura de su pelo; cuando la aspereza del león y del jabalí conviene con su carácter fiero.

Aplicando estas observaciones á la especie humana, los habitantes del Norte son muy aguerridos y tienen el pelo áspero; los orientales son mucho más tímidos, y su cabello es blando. El hombre que tiene largos cabellos es de una índole más afeminada que varonil, y así vana es la presunción de los cabellos como una belleza, los que raras veces son enteramente negros. Cabellos negros y suaves en una cabeza medio calva, cuya frente es elevada y muy corva, anuncian un juicio sano y recto, pero poca imaginación. Esta misma cualidad de cabellos cuando son enteramente blandos y lisos, caracterizan una pobreza manifiesta de facultades intelectuales. Los cabellos crespos indican un hombre de corta penetración. Los que tienen muchos pelos en las sienes y en la frente son vanos y lujuriosos.

La frente corta, surcada, irregular, hundida por un lado, sesgada ó que se arruga siempre diferentemente, no anuncia nada bueno y debe inspirar desconfianza. Las frentes cuadradas cuyas imágenes laterales son aún bastante espaciosas y el hueco de los ojos es muy sólido supone un gran fondo de sabiduría y valor. Todos los fisonomistas están conformes en este punto. Una frente muy huesosa y con mucha piel denota un natural brusco y pendenciero.

Una frente alta, con el rostro largo y puntiagudo por la barba es una señal de debilidad é ineptitud. Frentes dilatadas con una piel fuertemente tendida y compacta, en las que no se percibe ni aun en una alegría poco común ningún pliegue suavemente marcado, son siempre indicio de un carácter frío, suspicaz, burlón, maniático, importuno, lleno de pretensiones, vil y vengativo. La frente que de lo alto inclínase hacia adelante y húndese en los ojos, es el indicio cierto de una imbecilidad sin límites, surcos oblicuos en la frente si la casualidad hace que se encuentren paralelos ó que parezcan tales, manifiestan una cabeza vacía, y un carácter falso y suspicaz. Si estos surcos son derechos, paralelos, regulares y poco profundos, no se hallan más que en hombres juiciosos, sabios, experimentados y de un recto discernimiento. Las frentes cuya mitad está surcada con arrugas bastante marcadas, y, sobre todo, circulares, en tanto que la otra está lisa y muy compacta, es señal infalible de estupidez.

Bajo de la frente empieza su bella frontera la ceja, arco iris cuando expresa la apacibilidad y arco de la discordia cuando la cólera. Las cejas suavemente arqueadas acomódanse con la modestia y sencillez de una joven doncella; colocadas en línea derecha y horizontalmente, refiérense á un carácter varonil y vigoroso. Cuando su forma es medio horizontal y medio curva, la fuerza de espíritu hállase unida á una bondad sencilla. Cejas rústicas y desordenadas son siempre seña de una vivacidad intratable; pero este mismo desorden denota una viveza moderada si el pelo es fino. Cuando son espesos y compactos, caídos paralelamente, y, por decirlo así, tirados á cordel, declaran decididamente un juicio maduro y sólido, una profunda sabiduría y un discernimiento recto. Las cejas juntadas eran tenidas por una belleza entre los árabes, en tanto que los antiguos fisonomistas las consideraban propias de un carácter callado. La primera de estas dos opiniones es falsa; la segunda, exagerada, pues encuéntranse á menudo con fisonomías muy bellas y amables. Las cejas delgadas son una seña infalible de flema y debilidad, disminuyen la fuerza y vivacidad en un hombre enérgico. Angulosas y cortadas las cejas, denotan la actividad de un carácter laborioso.

Cuando más las cejas se acercan, tanto más reflexivo, profundo y sólido, y el carácter disminuye su fuerza, constancia, atrevimiento á medida que suben las cejas. Una grande distancia de una á otra, anuncia una rápida penetración, con calma y tranquilidad de espíritu.

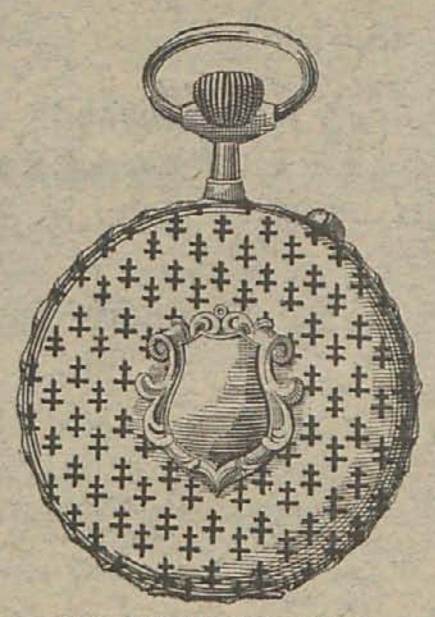
Otro día continuaremos este curioso estudio del cuerpo humano.

Suicidio extraño el de un obrero de París

Para lograr su intento metió las manos y la cabeza entre el volante de una máquina de vapor, y, como es natural, falleció instantáneamente, quedando destrozado.

Gran Relojería de París.

LUIS THIERRY, Fuencarral, 59.—Madrid.



Vista del dorso —Es de una tapa.

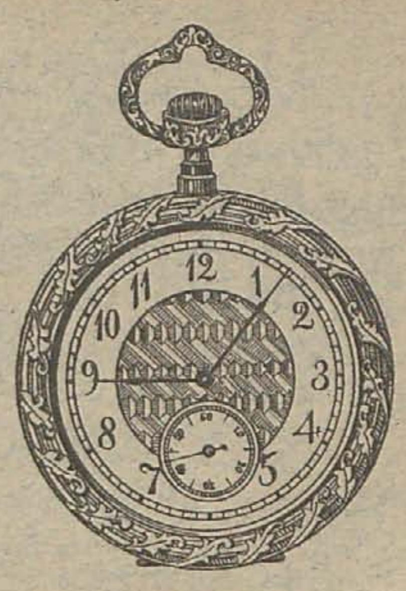
El cronómetro militar.

Caja de metal blanco verdadero, con incrustación *nielle*, esmalte fuerte, tan fuerte, que se considera eterno. Tiene en su centro un escudo aplicación chapeado oro, sobre el cual se puede *(al gusto del cliente)*, grabar sus iniciales

Es de máquina muy fuerte, de las más fuertes conocidas hasta hoy, de áncora, escape Roskopf, montado sobre rubíes. Cuerda de salto, es decir, el verdadero reloj del trabajador. Su precio extraordinariamente barato: 20 pesetas.

NOTA.—Se fabrica en diferentes dibujos.—Este reloj se envía certificado con aumento de 1,50 por franqueo.

En 6 plazos mensuales.

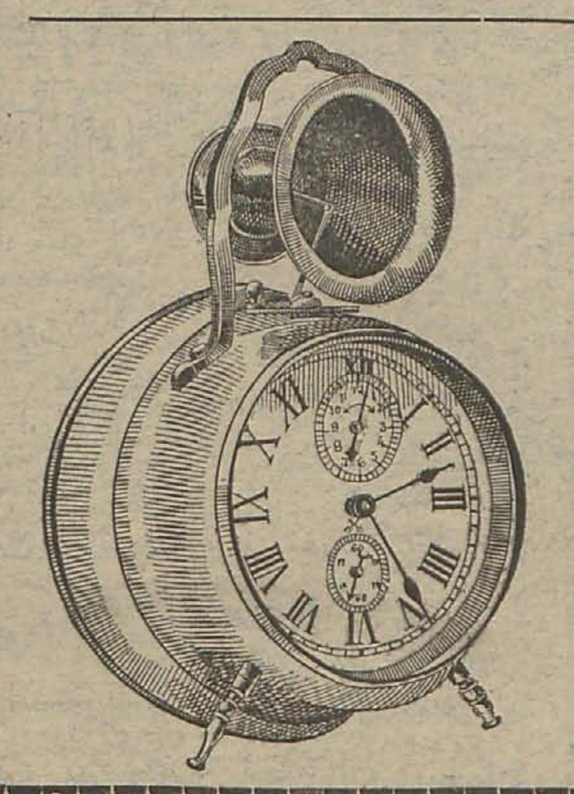


El Precioso

El conocido industrial Sr. Thierry presenta hoy su nuevo reloj, que seguramente va á obtener en los anales del Arte de la Relojería el nuevo triunfo, por su precio increíble en su baratura.

Dicho reloj es de forma plana, casi del canto de un duro, de metal símil-oro, con la tapa completamente esmaltada, con incrustaciones artísticas, también esmaltadas, corona de remontoir chapeada oro, asa Renacimiento, magnífica, esfera rica de metal dorada, máquina garantizada.—Se hacen con distintos dibujos.

Su precio es de 30 pesetas, pagaderas en 5 ó 6 plazos.



El fono-timbre.

Despertador de áncora, caja de metal bronceado; el único á propósito para despertar desde grandes distancias del más profundo sueño.

¡Imposible faltar á la hora del deber! La bocina bronceada que lleva en la parte superior, adorna su figura y reproduce el eco producido por enérgico tintineo de un martillo, haciendo un sonido diferente al de todos los conocidos, vigoroso y en exceso prolongado.

Tiene la máquina tan afinada, que marcha en todas las posiciones, con treinta horas de cuerda.

El precio es de **15,50 pesetas.**

En 5 plazos mensuales.

Franco de porte y embalaje hasta la estación más cerca de su residencia.

Indicad la estación.

Advertencia.—Todos los relojes de la Casa van acompañados de su estuche con la marca LUIS THIERRY, quien los mandará certificados, con aumento de 1,50 los de caballero y una peseta los de señora. Los relojes de pared y sobremesa, van francos de porte y embalaje hasta la estación más próxima.—**No olvidad de indicar la estación, para evitar errores ó retraso en los pedidos. Los pedidos á L. Thierry, calle de Fuencarral, 59, Madrid. Apartado de Correos núm. 364.**

EL MUNDO MILITAR

REVISTA DECENAL ILUSTRADA

Se publica los días 10, 20 y último de cada mes.

Fundador Propietario, MIGUEL GISTAU FERRANDO.—Director literario, DANIEL COLLADO

Administrador, D. JUAN GONZALEZ CALVO, Capitán retirado de la Guardia civil.

DIRECCIÓN, REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

Calle de San Mateo, núm. 11 duplicado, entresuelo.—MADRID. Apartado en Correos núm. 445.

El Mundo Militar *ha sido declarado de utilidad como Revista científico-militar y técnica y recomendada su lectura á todos los Cuerpos y dependencias del Ejército, por Real orden de 10 del pasado Julio.*

Es la publicación profesional más barata de toda Europa. Cada uno de sus números, teniendo doble ó más lectura que cualquier Revista ilustrada profesional, cuesta, sin embargo, la tercera parte que las demás.

La suscripción á **El Mundo Militar** (tres números al mes) sólo cuesta una peseta. Para las clases é individuos de tropa, como precio excepcional, setenta y cinco céntimos al mes.

El Mundo Militar todos los meses sortea *diez y ocho* décimos de lotería entre sus suscriptores.

Cuantas ideas puedan ser útiles al elemento armado, tienen y tendrán acogida en **El Mundo Militar**, donde irá viendo la luz el movimiento militar de todas partes, en forma gráfica y amena. Lo único que no acoge **El Mundo Militar** son las *críticas, censuras ó campañas* sobre aquello que relación tenga con los organismos militares de España.

Las organizaciones militares de todos los Ejércitos del mundo hasta ahora no vertidas por completo al castellano, las está publicando **El Mundo Militar**.

ADVERTENCIAS IMPORTANTES

No se admiten suscripciones por menos de un trimestre, y las órdenes de baja deberán estar en nuestro poder con veinte días de anticipación. El pago de la suscripción será por adelantado, pasándoseles cargo ó recibo mensual á quienes la Administración pueda efectuarlo. A los señores suscriptores á quienes por su situación no se les pueda pasar el recibo ó cargo indicado, ó porque no deseen esta forma de pago, les rogamos encarecidamemte se sirvan enviar el importe de su suscripción por trimestres adelantados, para simplificar los trabajos de esta Administración y evitar retrasos en el envío de sus números.

MADRID.—Imp. de R. Rojas, Campomanes, 8.—Teléfono 316.